

153; Ferdinando RANCAN, "Sacerdotes con alma sacerdotal y mentalidad laical", en GVQ, X, pp. 117-132; Ramiro PELLITERO, *Sacerdotes seculares, hoy. Planteamientos, reflexiones y propuestas sobre la secularidad de los presbíteros*, Madrid, Palabra, 1997.

Antonio DUCAY REAL

MÉXICO

1. Inicio de la labor apostólica en México. 2. Los inicios de los apostolados del Opus Dei con mujeres. 3. San Josemaría en México y la Novena a la Virgen de Guadalupe en 1970. 4. Desarrollo de la labor.

El año 1946, o tal vez antes, san Josemaría comentó a Pedro Casciaro que había que comenzar la labor apostólica del Opus Dei en América. A fines de 1948 le pidió que viajara por algunos países americanos. El encargo era que conociera *in situ* las diversas circunstancias de cada país para poder iniciar la labor estable. El 13 de abril de 1948, Pedro Casciaro, que por entonces había recibido la ordenación sacerdotal, hizo un recorrido por varios países, acompañado por otros dos miembros del Opus Dei. Con la información recabada, san Josemaría decidió iniciar la labor apostólica en Estados Unidos y México en cuanto fuera posible.

1. Inicio de la labor apostólica en México

El 17 de diciembre de 1948, san Josemaría les dio la bendición a Pedro Casciaro, Ignacio de la Concha y José Grinda, y les entregó una imagen de la Virgen del Rocío, que les acompañó en su viaje hacia México, y que se encuentra ahora en la casa de retiros de Montefalco, en el Estado de Morelos. Embarcaron el 18 de diciembre de 1948 en el puerto de Bilbao y llegaron al de Veracruz el martes 18 de enero de 1949. El 21 de enero, a instancias de un amigo, se instalaron en un apartamento en la calle de Londres, 33, en la Colonia

Juárez de la Ciudad de México. Allí permanecieron solamente unos meses, hasta el 30 de mayo de 1949.

El 9 de marzo, Mons. Luis María Martínez, arzobispo de México, celebró la primera Misa en el oratorio del piso de Londres, 33. A partir de entonces se intensificaron el trato con universitarios y los medios de formación espiritual. También en marzo de 1949, aunque la labor estaba aún en sus comienzos, se empezaron a hacer planes para extender el Opus Dei a otros lugares de la República. A partir del mes de abril se hicieron diferentes viajes. Por motivos de trabajo, Gonzalo Ortiz de Zárate, que se había trasladado a México, comenzó a ir a la ciudad de Culiacán (Estado de Sinaloa), donde, en enero de 1951, se instaló un Centro.

San Josemaría les escribía desde Roma para alentar sus trabajos apostólicos; a pesar de la lejanía, los primeros sentían la constante compañía del Padre a través de sus frecuentes cartas, breves pero animosos escritos, con sus trazos fuertes; en una de ellas, del 6 de julio de 1949, les adelantaba la llegada de otro sacerdote y les comunicaba su deseo de que fueran pronto las mujeres.

El 30 de mayo de 1949, el primer Centro de la Ciudad de México se trasladó a una nueva casa en la calle de Nápoles, 70. Ese mismo día san Josemaría les ponía unas líneas desde Roma: "Queridísimos: con mucha alegría leemos vuestras cartas. Aún me detendré aquí un poco de tiempo. Encomendad las cosas que ahora me preocupan. Yo me acuerdo siempre de vosotros. Decidle a la Sma. Virgen de Guadalupe que me aumente el amor a su Hijo y que bendiga y haga realidad mis peticiones" (citado en CANO, 2007, p. 62). En esa casa se inició una residencia para estudiantes. A partir de 1961 se trasladaron a la calle de Hortensias en la Colonia Florida, donde se inició la Residencia Universitaria Panamericana.

En agosto de 1949 san Josemaría decía: “¡Cuántas ganas de abrazaros en ese bendito México! Un abrazo muy fuerte y la bendición de vuestro Padre” (citado en CASCIARO, 2001, p. 205). Indicaba con fuerza que, allí donde estuvieran realizando la labor apostólica, había que evitar la apariencia de ser como un añadido en la sociedad del país. En México se siguió este criterio, por lo que el Opus Dei arraigó de manera plena desde el principio.

2. Los inicios de los apostolados del Opus Dei con mujeres

Para el comienzo de la labor de mujeres, san Josemaría escogió a tres, encabezadas por Guadalupe Ortiz de Landázuri. Al llegar a México el 6 de marzo de 1950, tuvieron la alegría de recibir un telegrama de san Josemaría: “Todo cariño recuerdo mis hijas” (MURILLO, 2001, p. 62). En los primeros meses recibieron también varias cartas, donde les transmitía la confianza que tenía en ellas para sacar adelante la labor que tenían encomendada. Las invitaba a escribirle para que le contaran los detalles del viaje y las llenaba de esperanza.

El 20 de junio, les decía “No olvidéis que vuestra misión es capital; cumplidme las Normas de piedad, (...) trabajar con alegría y muy unidas. Veréis cómo arraiga y se multiplica la siembra” (citado en MURILLO, 2001, p. 62). Con este impulso iniciaron la labor de universitarias.

El 1 de abril comenzó una residencia de universitarias en la calle de Copenhague, 32. En poco tiempo se buscó una casa fuera de la ciudad para extender el apostolado con campesinas, que sirviera también como lugar para cursos de retiro y otras actividades de formación espiritual. Con esa finalidad, en 1952 se aceptó la donación del casco, abandonado, de la hacienda de Santa Clara, de Montefalco. Montefalco era una vieja hacienda azucarera virreinal en el Valle de Amilpas, en el actual Estado de Morelos. Durante la Revolución Mexicana fue saqueada y que-

mada varias veces por el general Emiliano Zapata. San Josemaría, a través de una carta, alentó a sus hijos e hijas para que continuaran con el trabajo de restauración del lugar, pues pensaba que la labor con campesinas daría mucha gloria a Dios y sería un gran servicio para México. La bendición de san Josemaría fue un impulso para trabajar en Montefalco y superar las dificultades.

A través de la residencia, las mujeres se ocuparon de la alfabetización y preparación de jóvenes provenientes del campo para las tareas del hogar. En esta labor ayudó José Abraham Martínez Betancourt, obispo de la diócesis de Tacámbaro (Estado de Michoacán), al suroeste de México, que conoció en Roma a san Josemaría antes del año de 1948. En la conversación que mantuvieron entonces, le quedó grabado su interés por los campesinos. Por esta razón, cuando las mujeres instalaron la primera escuela para campesinas, en 1951, Mons. Martínez dio a conocer esta iniciativa a los párrocos y a las familias de Tacámbaro y de otros pueblos; entre esas muchachas, algunas encontraron su llamada al Opus Dei. San Josemaría siguió con especial cariño la labor que se hacía con campesinas.

En 1954, la labor apostólica se fue extendiendo a otros lugares diversos de la Ciudad de México: ya estaba hecha la primera fase de la reconstrucción de Montefalco; y se trabajaba en Culiacán, al noroeste del país y en Monterrey, al noreste.

3. San Josemaría en México y la Novena a la Virgen de Guadalupe

En una carta de enero de 1950, san Josemaría había manifestado a don Pedro Casciaro su deseo de ir a México para pasar una temporada larga. Le daba gran alegría pensar que podría celebrar la santa Misa ante la Virgen de Guadalupe. Llevaba a México en el corazón al menos desde la persecución religiosa que sufrió la Iglesia en el país en 1926, y comentó que había

rezado mucho por México encomendándolo a Cristo Rey y a la Virgen de Guadalupe, para que no se destruyera la fe del pueblo mexicano.

El 15 de mayo de 1970 pudo realizar su sueño de pisar tierras mexicanas. El motivo principal de su visita era rezar ante la Virgen de Guadalupe, siguiendo su plan de visitar varios santuarios marianos y, en segundo término, ver a sus hijos mexicanos. Su afán por estar con la Virgen era grande. Tan pronto llegó a la Ciudad de México, pidió que lo llevaran a la Basílica: eran las tres de la madrugada y estaba cerrada. Ese día celebró su primera Misa en América en el oratorio de la Comisión Regional de México, ante una imagen de la Virgen de Guadalupe. Al día siguiente de su llegada acudió a la basílica de Guadalupe, después de visitar al primado de México, el cardenal Miguel Darío Miranda.

En esta primera visita san Josemaría quedó arrodillado en el presbiterio, absorto, sin moverse, durante más de hora y media. Rogaba por la Iglesia, por el Papa, por todas las almas. Poco a poco fueron llegando sus hijos, cooperadores y amigos que querían rezar junto a él y pedir por sus intenciones. Al marcharse pidió que se arreglaran las cosas para poder seguir con la novena en un lugar más apartado.

A partir del día 17 pudo continuar la novena a la Virgen rezando a través de una tribuna situada sobre el presbiterio. Esta tribuna se encuentra actualmente en la casa de retiros de Toshi, cercana a la ciudad de Toluca, en el Estado de México. Desde lo alto de la tribuna, la imagen de la Virgen quedaba muy cerca de san Josemaría y de los que estaban con él; desde ahí dirigía el Rosario poniendo en la Virgen su oración confiada y hacía su oración en voz alta. En algunas ocasiones pedía a los que lo acompañaban que dijese ellos algo, pero el que dirigía la conversación con la Virgen era san Josemaría. Rezaban las tres partes del Rosario.

En su oración del día 20 le decía a la Virgen: "Ahora sí que te digo con el corazón encendido: *monstra te esse Matrem!* (¡muéstranos que eres Madre!) (...). Escúchanos; ¡yo sé que lo harás!". San Josemaría pedía por el Opus Dei, para que se conservaran íntegros el espíritu, la naturaleza y los modos apostólicos propios de la Obra, incluida la futura solución jurídica adecuada. Esta petición se cumplió el 28 de noviembre de 1982 con la erección del Opus Dei en Prelatura personal por el papa Juan Pablo II.

Durante su novena en la basílica de Guadalupe, san Josemaría pidió también constantemente por la Iglesia. Le dijo a la Virgen que pondría un mosaico de su imagen en la futura capilla de los confesonarios de TorreCiudad. El 28 de junio de 1977, don Álvaro del Portillo y quienes le habían acompañado durante la novena cumplieron la promesa. San Josemaría ya había fallecido, pero todos tuvieron la convicción de que presidía la sencilla ceremonia de dedicación del mosaico.

El último día de la novena a la Virgen de Guadalupe, el 24 de mayo de 1970, san Josemaría, en su conversación con la Virgen, volvió a ponerse a sus pies con la confianza de un hijo que se siente orgulloso de serlo. Su oración se extendió en actos de amor, de abandono en la voluntad de Dios, en acciones de gracias y de desagravio. Pidió por la fidelidad a la fe de la Iglesia de todos sus hijos e hijas. Al ofrecer cada misterio glorioso, hizo peticiones por cada uno de los continentes, con el deseo de que la Obra se extendiese a todos los lugares de la tierra.

Con este día, la novena llegaba a su fin y, antes de retirarse, san Josemaría agradeció a la Santísima Virgen la alegría de haber podido estar con ella y le manifestó lo que le costaba arrancarse de ese lugar, donde la tenía tan cerca. Concluyó diciendo que estaba seguro de que la Virgen lo había escuchado, confiando en que Ella arreglaría todo.

La estancia de san Josemaría en México se prolongó un mes más, hasta el 22 de junio. Fueron unos días de verdadera catequesis. Se organizaron muchas tertulias a las que acudieron todo tipo de personas de distintas partes, no sólo de México, sino también de Estados Unidos y de Latinoamérica. A pesar de la variedad de personas de toda condición intelectual y social, nacionalidad y raza, san Josemaría se hacía entender con un gran don de lenguas, procurando acomodarse a la suavidad del modo de hablar mexicano. Con la gracia humana que le caracterizaba, hablaba con gran espontaneidad y libertad. Supo convertir esos encuentros de miles de personas en momentos entrañables. Movi6 a sus hijos e hijas a sentir su responsabilidad apost6lica aludiendo a que México tena una gran tarea que hacer en el mundo, en toda la Am6rica de lengua castellana, que tiene hambre de Dios.

Adem6s de los encuentros en la Ciudad de M6xico, san Josemaría visit6 Montefalco (Morelos) y Jaltepec, cerca de la laguna de Chapala (Jalisco). En Montefalco, se alegr6 mucho al ver los edificios de la casa de retiros. Pas6 all6 tres d6as. Cuando contempl6 el conjunto dijo: "Montefalco es una locura de amor de Dios (...). En esta casa, Don Pedro y mis hijas e hijos mexicanos, no han obrado m6s que con sentido sobrenatural. Recibir con alegr6a un mont6n de ruinas, m6s grandes que el palacio de Versalles, humanamente es absurdo. Pero hab6is pensado en las almas, y hab6is hecho realidad una maravilla de amor. Dios os bendiga" (cfr. CASCIARO, 2001, p. 232).

En Jaltepec, en la casa de retiros a orillas del lago de Chapala, estuvo san Josemaría del 9 al 17 de junio. Igual que en Ciudad de M6xico, tuvo tertulias con personas de variadas condiciones sociales e intelectuales, hombres y mujeres, sacerdotes y matrimonios. Dio una gran catequesis sobre los sacramentos, la santificaci6n de la vida ordinaria, y el amor de Dios. Se reuni6 tambi6n con un grupo numeroso de sa-

cerdotes diocesanos a quienes anim6 a vivir con mentalidad laical ocup6ndose s6lo de las almas. Estuvo con ellos largo rato, pero el calor era agobiante y acab6 extenuado. Se retir6 un rato a descansar. En su habitaci6n haba un cuadro de la Virgen de Guadalupe, que representaba el momento en que Ella le ofrece a Juan Diego una flor. San Josemaría dijo: "As6 quisiera morir: Mirando a la Sant6sima Virgen, y que ella me d6 una flor" (citado en CASCIARO, 2001, p. 239). El 26 de junio de 1975, cerca de las doce del mediod6a, despu6s de mirar una imagen de la Virgen de Guadalupe, falleci6 san Josemaría en Roma.

El 6ltimo d6a de la estancia de san Josemaría en la Ciudad de M6xico, el 22 de junio, propuso ir a cantar a la Virgen a la Villa. Todos los miembros de la Obra de entonces, se apiñaron junto a 6l. En el presbiterio san Josemaría enton6 primero la *Salve*, y despu6s siguieron las canciones. San Josemaría miraba fijamente a la Virgen de Guadalupe. Al d6a siguiente parti6 para Roma.

4. Desarrollo de la labor

En el momento del fallecimiento de san Josemaría, en M6xico se hac6a labor en el Distrito Federal, en Culiac6n (Sinaloa), en Monterrey (Nuevo Le6n), en Guadalajara (Jalisco) y en San Luis Potos6. Hab6a varias residencias de estudiantes y cuatro casas de retiros: Montefalco, Toshi, Jaltepec y Los Pinos. Se hac6an viajes a Quer6taro, Puebla, Chihuahua, Torre6n, Los Mochis y Mazatl6n. En a6os posteriores, la labor apost6lica ha seguido creciendo.

En 1967 algunos fieles del Opus Dei, junto con otras personas, crearon una escuela de negocios, el Instituto Panamericano de Alta Direcci6n de Empresas, y en 1968 comenz6 el Instituto Panamericano de Humanidades, que alcanz6 el rango de Universidad en 1978. En la actualidad, la Universidad Panamericana cuenta con tres campus situados en Ciudad de M6xico, Guadalajara y Aguascalientes.

Voces relacionadas: Casciaro Ramírez, Pedro; Catequesis, Labor y viajes de; Ortiz de Landázuri, Guadalupe; Santuarios y lugares marianos; Peregrinaciones de san Josemaría a.

Bibliografía: Víctor CANO, “Los primeros pasos del Opus Dei en México (1948-1949)”, *SetD*, 1 (2007), pp. 41-64; Pedro CASCIARO, *Soñad y os quedaréis cortos. Testimonio sobre el Fundador, de uno de los miembros más antiguos del Opus Dei*, Madrid, Rialp, 2001; Mercedes EGUIBAR GALARZA, *Guadalupe Ortiz de Landázuri. Trabajo, amistad y buen humor*, Madrid, Palabra, 2001; Lucina MORENO-VALLE - Mónica MEZA, “Montefalco, 1950: una iniciativa pionera para la promoción de la mujer en el ámbito rural mexicano”, *SetD*, 2 (2008), pp. 205-230; Margarita MURILLO GUERRERO, *Una nueva partitura. México-Roma 1947-1955*, Madrid, Rialp, 2001.

Concepción BARREIRO GÜEMES

MÍSTICA

1. Mística y vida cristiana. 2. La mística en la vida y enseñanza de san Josemaría.

La palabra *mística* tiene la misma raíz que *misterio*, y se ha utilizado desde muy antiguo, en la tradición espiritual y teológica, para designar los misterios de Dios, pero en cuanto “vivididos” o “experimentados” por el alma cristiana, en la que la misma Santísima Trinidad inhabita. La palabra *mística* designa, por tanto, una realidad vital llena de riqueza, grandeza y profundidad, pero al mismo tiempo oscura, secreta y escondida; algo profundamente íntimo y sobrenatural, que participa de las maravillas de Dios, pero que resulta inabarcable, incomprensible e inefable.

Con las expresiones *mística*, *vida mística*, *experiencia mística*, se intenta designar, en consecuencia, los aspectos y elementos de la vida espiritual cristiana que hacen más directa referencia a la participación en la vida divina, a la habitación de Dios en el alma, a la transformación en Cristo; en suma, a los rasgos y experien-

cias más íntimos, más profundos, más elevados de la relación de amor entre el cristiano y Dios que constituye la esencia de la vida espiritual (cfr. SESÉ, 2006, pp. 671-677). De acuerdo con esta concepción, está claro que toda vida santa incluye una fuerte componente mística, y que, en particular, se puede calificar a san Josemaría Escrivá de Balaguer como un hombre profundamente místico.

1. Mística y vida cristiana

No siempre, a lo largo de la historia de la Iglesia, ha estado claro el lugar que puede atribuirse a la mística en el conjunto de la vida cristiana. Y esto en parte por la particular dificultad de comprensión de la mística, y en parte por los influjos más o menos intensos de determinadas concepciones de la vida espiritual en cada época, o por la diversa sensibilidad según las circunstancias históricas del pueblo cristiano, de los pastores y de los teólogos, ante las cuestiones místicas.

No es el lugar para presentar, ni siquiera someramente, una historia de la mística cristiana, pero sí de recordar, en concreto, que durante los primeros decenios del siglo XX –es decir, durante los años de formación de san Josemaría, del inicio de su ministerio sacerdotal, y de la fundación y primer desarrollo del Opus Dei–, tuvo lugar una intensa polémica teológico-espiritual, conocida como la “cuestión mística”. En ella, un buen número de teólogos y maestros de la vida espiritual, de gran prestigio personal e intelectual, debatieron sobre si la mística es una realidad abierta a todos los cristianos o un don concedido por Dios tan sólo a algunos privilegiados, profundizando para ello en el estudio del concepto de mística como tal (y otros afines, como *contemplación*), en su historia, y en la enseñanza de los grandes maestros clásicos (cfr. BELDA - SESÉ, 1998). San Josemaría no participó en esa polémica, pero es razonable pensar que tuvo un buen conocimiento de ella, y algunas de sus afirmaciones y

Aviso de Copyright

Cada una de las voces que se ofrecen en esta Biblioteca Virtual forma parte del *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer* y son propiedad de la Editorial Monte Carmelo, estando protegidas por las leyes de derecho de autor.